

ESCRITOS ANGLICANOS

Apología de la Iglesia Anglicana

John Jewel · 1562

MUESTRA

Índice

Parte I (comienzo)

Tapa blanda, 6 × 9 pulgadas, 130 páginas.

Páginas tal como se imprimen en el libro.

librodeoracioncomun.com

Índice



Introducción	1
Nota a esta edición	3
Parte I	4
Parte II	18
Parte III	35
Parte IV	45
Parte V	74
Parte VI	91
Recapitulación	118

PARTE I



¹ Antigua es aquella queja de que la verdad anda por la tierra como forastera y fácilmente halla enemigos y calumniadores entre quienes no la conocen. Esa queja viene ya desde los primeros tiempos de los patriarcas y los profetas, y la confirman los escritos y testimonios de todas las épocas.¹

Quizá esto les parezca increíble a quienes lo hayan observado con poca atención —si es que hay alguien así—, sobre todo porque el género humano entero, por el impulso mismo de la naturaleza, sin maestro y por sí mismo, es ávido de la verdad, y porque el propio Cristo, nuestro Salvador, mientras vivió entre los hombres, quiso llamarse, con toda propiedad, la Verdad: un nombre que viene a expresar todo su poder divino.

Nosotros, sin embargo, estamos versados en las Sagradas Escrituras; hemos leído y visto qué les sucedió a todos los piadosos de casi todas las épocas: qué a los profetas, qué a los apóstoles, qué a los santos mártires, qué al mismo Cristo, y con qué afrentas, maldiciones e injurias fueron atormentados en vida solo por causa de la verdad. Vemos, pues, que esto no solo no es nada nuevo ni increíble, sino algo ya admitido y habitual en todos los tiempos.

Más aún: mucho más asombroso e increíble podría parecer que el diablo, padre de la mentira² y enemigo de toda verdad, cambiara ahora de pronto su índole, y esperara poder oprimir la verdad de

¹ Tertuliano, *Apologético* (Apologeticum).

² Juan 8:44.

otro modo que mintiendo, o comenzara a afianzar su reino con artes distintas de las que ha usado siempre desde el principio.

Porque, hasta donde alcanza la memoria, apenas podemos hallar un solo tiempo —ni de la religión naciente, ni de la ya establecida, ni de la que renace— en que los hombres no trataran la verdad y la inocencia de maneras indignas y con el mayor ultraje. Bien ve el diablo que, mientras la verdad quede a salvo, él no puede estar a salvo ni defender lo suyo.

2 En efecto, por no hablar de los antiguos patriarcas y profetas —que, como hemos dicho, no tuvieron ninguna etapa de su vida libre de injurias y oprobios—, sabemos que hubo en otro tiempo quienes decían, y aun predicaban en público, que los antiguos judíos adoraban a un cerdo o a un asno en lugar de Dios, y que toda aquella religión no era otra cosa que sacrilegio y desprecio de todos los dioses.³ Pero nosotros no dudamos de que aquellos judíos adoraban al único y verdadero Dios.

Sabemos que al Hijo de Dios y nuestro Salvador, Jesucristo, cuando enseñaba la verdad, se lo tuvo por embaucador, por malhechor, por samaritano, por Belcebú, por engañador del pueblo, por hombre borracho y glotón.⁴ ¿Y quién ignora lo que en otro tiempo se dijo contra san Pablo, el más ardiente heraldo y defensor de la verdad? Unas veces, que era hombre sedicioso, que reclutaba soldados, que causaba divisiones; otras, que era hereje; otras, que estaba loco; otras, que por afán de contienda y por animosidad blasfemaba contra la ley de Dios y despreciaba lo instituido por los padres.

¿Quién ignora que san Esteban, en cuanto recibió la verdad en lo más íntimo de su alma y comenzó a predicarla y proclamarla con libertad y valentía, como debía, fue citado de inmediato a un juicio en el que se jugaba la vida, como si hubiera proferido injurias abomi-

³ Tácito; Tertuliano, *Apologético*, 7; Plinio.

⁴ Juan 8:48; Mateo 11:19.

nables contra la ley, contra Moisés, contra el templo, contra Dios?⁵ ¿O quién ignora que hubo en otro tiempo quienes acusaban de falsedad las Sagradas Escrituras, alegando que contenían cosas contrarias y del todo contradictorias, y que los apóstoles de Cristo disentían unos de otros, y Pablo de todos ellos?⁶

Y —para no alargarnos enumerándolo todo, pues sería interminable— ¿quién ignora las afrentas que en otro tiempo se lanzaron contra nuestros padres, los primeros que comenzaron a reconocer y profesar el nombre de Cristo? Que conspiraban entre sí y tramaban designios ocultos contra el Estado, y que por eso se reunían en las horas anteriores al alba, entre tinieblas. Que mataban a niños de pecho, se hartaban de carne humana y, con rito salvaje, bebían sangre humana.

Que, en fin, apagadas las luces, cometían promiscuamente entre sí el adulterio y el incesto, y que hermanos con hermanas, hijos con madres, yacían juntos sin respeto a la sangre, sin pudor, sin distinción. Que eran hombres impíos, sin religión alguna, sin Dios, enemigos del género humano, indignos de la luz, indignos de la vida.⁷

3 Todo esto se decía entonces contra el pueblo de Dios, contra Cristo Jesús, contra Pablo, contra Esteban, contra todos aquellos que en los primeros tiempos abrazaron la verdad del evangelio y consintieron en ser llamados cristianos, nombre entonces odioso para la gente común.⁸ Y aunque tales cosas no eran verdaderas, el diablo pensaba que le bastaría con lograr al menos que se las tuviera por verdaderas, y que los cristianos padecieran el odio público de todos y que todos buscaran su ruina.

⁵ Hechos 6.

⁶ Marción (por Tertuliano); Elio (por Lactancio).

⁷ Eusebio, *Historia eclesiástica* (Historia ecclesiastica), V.1; Tertuliano, *Apologético*, 1-3, 7-9.

⁸ Tertuliano, *Apologético*, 3.

Así, reyes y príncipes, convencidos entonces de cosas semejantes, dieron muerte a todos los profetas de Dios, sin excepción: a Isaías lo condenaron a la sierra; a Jeremías, a las piedras; a Daniel, a los leones; a Amós, a la maza; a Pablo, a la espada; a Cristo, a la cruz.

Y a todos los cristianos los condenaron a las cárceles, a los potros, a las horcas, a ser despeñados desde rocas y precipicios, a las fieras, al fuego. Y con los cuerpos vivos de los cristianos encendían enormes hogueras, solo para alumbrarse de noche y por burla, y no los tenían por otra cosa que la inmundicia más vil, la escoria y el hazmerreír del mundo entero.⁹ Así, en efecto, fueron tratados siempre los que promueven la verdad y los que la profesan.

4 Por eso, si por la misma causa se nos trata del mismo modo, todos los que hemos abrazado la profesión del evangelio de Jesucristo debemos sobrellevarlo con más serenidad. Y, como en otro tiempo a nuestros padres, también hoy a nosotros, sin que lo hayamos merecido en nada, solo porque enseñamos y profesamos la verdad, se nos hostiga con injurias, afrentas y mentiras.¹⁰

5 Claman hoy por todas partes que todos somos herejes; que nos hemos apartado de la fe; y que, con doctrinas nuevas y dogmas impíos, hemos deshecho la concordia de la Iglesia. Que sacamos del infierno, ya resucitadas, herejías antiguas condenadas tiempo atrás, y sembramos sectas nuevas y delirios jamás oídos. Que estamos, además, divididos en facciones y pareceres contrarios, y que nunca hemos podido ponernos de acuerdo entre nosotros.

Que somos hombres impíos y que, como los gigantes del mito, hacemos la guerra a Dios mismo, y vivimos por completo sin preocuparnos de la divinidad ni darle culto. Que despreciamos toda acción recta; que no nos regimos por norma alguna de virtud, ni por leyes, ni por costumbres; que no respetamos ni lo lícito, ni lo justo, ni lo

⁹ Suetonio, *Vida de Nerón* (Vita Neronis).

¹⁰ 1 Timoteo 4.